

## el eco del gesto de la muerte

**marta lucía pulido**

El paisaje era blanco a través de la ventana. Una atmósfera sombría envolvía el ambiente mientras la leña que alumbraba la estancia se apagaba discretamente, dando paso a la oscuridad y al frío de aquella tarde invernal. Los árboles desnudos silbaban suavemente, dejando deslizar con su vaivén, los copos de nieve que caprichosamente se enredaban en sus ramas. La existencia tenía entonces un ritmo lento e inagotable que anunciaba la monotonía de las estaciones futuras, la llegada de un posible sol cuyo brillo no permanecería. Los leños que se apagaban en la chimenea parecían sonreír, invitando a añorar cadencias que, en el tiempo, serían como un gesto de vida.

La mañana despertó sorprendida con un suave aletear en la ventana. El aleteo provenía de un cuerpecito frágil que agonizaba de frío; su plumaje de un blanco-azul tenue, se estremeció al contacto con mi mano tibia: su corazón revivido con las ansiedades de mi alma comenzó a palpar con más vida; sus ojos se fueron abriendo lentamente a mi mundo, cada vez con más ternura, hasta que su garganta débil emitió un preludio al canto que me acompañaría por tan corto tiempo.

Entonces, mi alma se abrió al poema; poema azul nacido de las alas de Genji; poema que entrelazaba batir de almas y cuerpos en una sonata titilante y única. Gorjeos, aleteos y silbidos se multiplicaban sin cesar, dibujando en mi existencia un halo de vida cuyos rayos se extenderían a otros corazones. Un universo de colores se movía en mi interior al olor de su plumaje y el contacto con su pico nacarado derramaba un océano de vida a través de mi insensible cuerpo ciudadano.

Con la llegada de la primavera, el canto de los pájaros se hizo más concertual; flores engalanadas se despertaban coquetas a la luz del sol: nubes presurosas atravesaban el cielo, fugaces, despejando a su paso la claridad propia de la alegría del renacer. Entretanto, el poema azul vivía en mí: el canto que me prodigaba era más sonoro aun que el de todas las aves del bosque; el paisaje que su presencia delineaba en mi alma era más hermoso que el más bello paisaje primaveral; su existir sencillo y fugaz matizaba soles, lluvias y brisas, alimentando de inocencia cada rincón del hogar.

Mi existencia ohdeante, entre susurros polifónicos y caricias sutiles, fue de pronto sorprendida

—un atardecer— por un poema más, un poema que navegaba hacia el reencuentro de su Poema Azul: "El Gesto de la Muerte" (Jean Cocteau). El poema llegó a mis manos acompañado de un mar de presagios desbordantes que hicieron estremecer mi alma hasta el llanto: su corazón dejaría de latir, sus alas dejarían de danzar, su cuerpo frágil quedaría eternamente inmóvil: Poema azul arrebatado por su Poema Madre, versos desintegrándose en la nada para volver a su origen primero y verdadero.

El gesto se hizo muerte. Su plumaje tenue dejó de vibrar; el cuerpo inerte sobre mi mano ya no aceptaba calor alguno, su pico nacarado no se movía para jugar con mis dedos; sus ojos se habían cerrado a mi mundo dejándome la ternura del recuerdo, la música de un poema cuyos interludios serían, no una lágrima más añadida al pozo de las soledades, sino esa lágrima infinita y única, humedecida en un poema.

Medellín, 1987.

BIBLIOTECA AUTÓNOMA  
LATINOAMERICANA  
UNIVERSIDAD DE LOS ANGELES